

# "Las nieves del tiempo platearon mi sien..."

Hoy es siempre todavía

A. Machado

Mis hijos me aconsejan que no lo haga: "Hace daño a la vista y si empiezas, tendrás que hacerlo cada mes..." argumentan. Mi nuera, no sé si con inocencia o con malicia, también me disuade: "¿Para qué quiere aparentar ser más joven? Además, ¿se ve tan distinguida una anciana con la cabeza blanca!".

¡Anciana será su abuela! ¡Al diablo con la distinción! Las canas me deprimen, las encuentro casi anacrónicas con la edad que llevo adentro, aún me inquieta el olor de la tierra después de la lluvia; cuando escucho tangos, me emociono y canto y bailo sola; en primavera, siento como si parte de mi ser espera despertar, florecer... como si la vida pudiera depararme aún alguna sorpresa.

Debe ser la edad crítica... sólo así se explica que se me ocurra pensar en todas estas cosas... o será porque ahora me sobra tiempo para pensar... Antes, con el trabajo, la casa, los niños, las malas noches, las tareas escolares, las enfermedades eruptivas, quedaba tan rendida que lo único que quería era dormir. Recuerdo que una vez, al bajar una escalera, deseé intensamente caerme y fracturarme siquiera una pierna para tener un motivo válido para descansar en un confortable hospital. Fue una suerte de tentación suicida, luego recapacité y me di cuenta que las madres hallaremos descanso solamente en la muerte, y eso, vaya una saber... porque si hay un más allá, desde allí seguiríamos preocupándonos por los hijos.

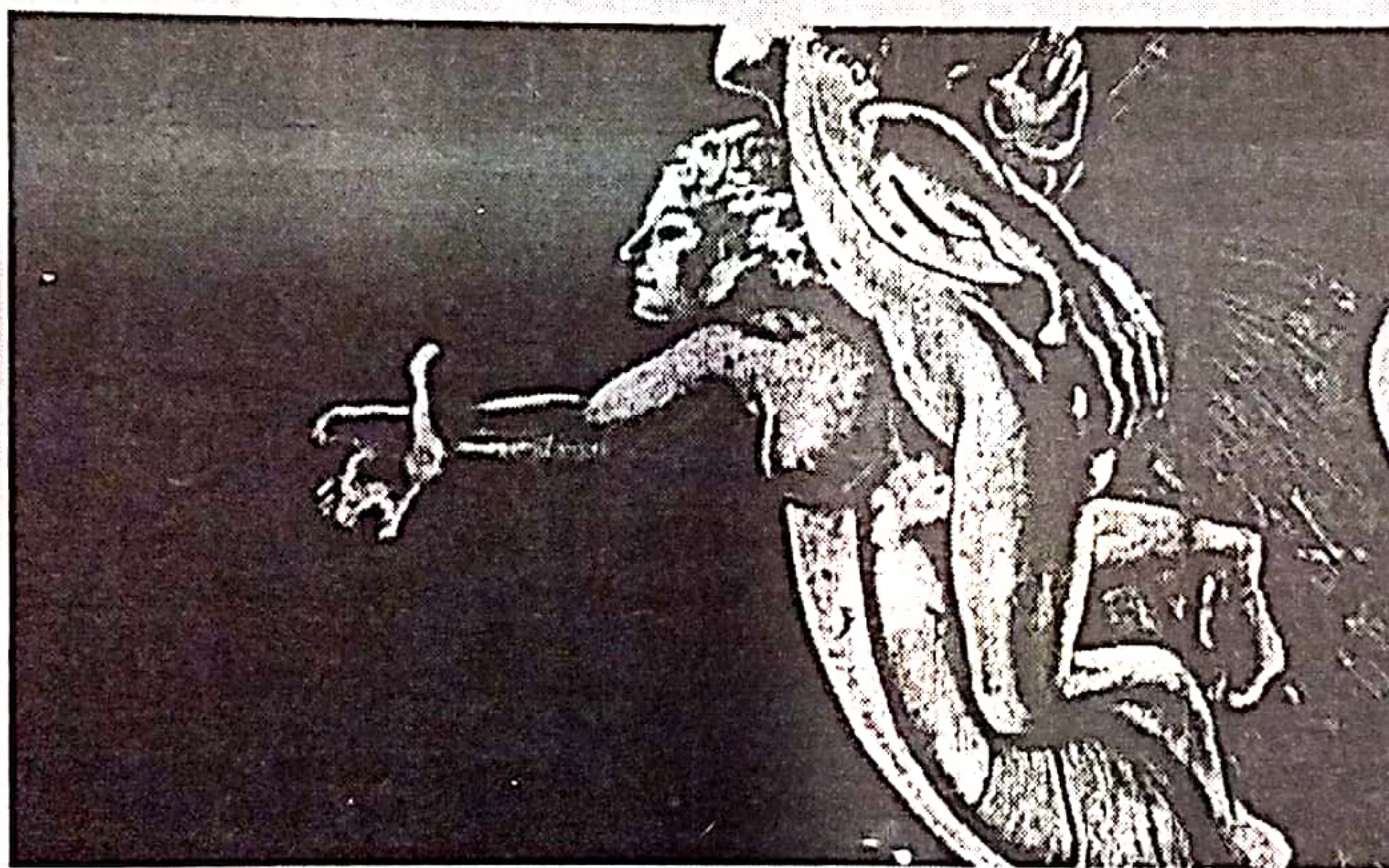
Mi matrimonio llegó a su fin cuando comenzaba a convertirse en rutinaria. Después de superar el trauma del accidente fatal que me privó del hombre que me acompañó durante veinte años, de vencer el sentimiento de culpa que me embargó cuando me di cuenta que pude haber dado más de mí misma, de tranquilizarme diciéndome: "Lo quise, lo atendí, lo serví", quedé con un resentimiento contra el destino que me condenaba a un hogar vacío, a comer y a dormir sola... Luego, poco a poco, comencé a organizar mi vida, a llenar el tiempo que antes compartía con él, y a llamar libertad a mi soledad. Entonces empecé a pensar... me pregunté si fui feliz, tal vez lo fui y no me daba cuenta, pero hubo vacíos... eso sí lo sabía.

Una noche, una de esas tantas noches solitarias, empecé a pensar en un hombre desconocido, al principio fue una idea indefinida que fue tomando cuerpo lenta y persistentemente, le di un rostro y una mirada de niño, le di un pasado de errancias

y de exilios, lo doté de recuerdos y de libros, le gustaría leer poemas y tomar vino, sería un hombre pobre e idealista, no lo habrían amargado sus fracasos ni envanecido triunfos eventuales, sería viudo igual que yo o tal vez divorciado.

Pasé muchas noches soñándolo despierta, me sorprendí conversando con él y me acusé de infantil, porque caí en cuenta que era el amigo imaginario que suelen crear los niños. Le busqué un nombre: ¿Esteban? ¿Alberto?. Luego decidí dejarlo para el final, como si fuera el título de un cuento. ¿Cómo lo conocería? Casualmente, una tarde de lluvia, en un café atestado de gente, él pediría permiso para compartir mi mesa, o tal vez en una exposición de pintura o en la presentación

de un libro. Sería un poco tímido, pero yo lo alentaría... Me traería una flor en cada encuentro, en el café de la esquina. Luego empezaría a visitarme, me ayudaría a poner la mesa y conversaría conmigo mientras yo lavara el servicio y él secara los platos o viceversa. Me enamoraría lenta y suavemente, y la conquista sería también una entrega. Después del amor, continuarían el amor y la ternura, me hablaría de



sus temores infantiles y yo de los míos, comentaríamos lo bien que nos fue y también reiríamos como adolescentes otoñales, lamentando tan sólo no habernos conocido antes.

Nos amaríamos sin ser posesivos, me haría sentir libre y amada, y al presentarme a sus amigos, no diría: "mi mujer", como si fuera propiedad privada, como si fuera un inmueble o un auto. No tendría auto porque le encantaría caminar conmigo, no le gustaría ver televisión, tendría una sensibilidad exquisita y una ansia loca de contarme cosas y, sobre todo, seríamos muy amigos.

Sí, voy a teñirme las canas, estoy decidida, porque quién sabe si una tarde, en un concierto o en una reunión de amigos, o en el café de la esquina, lo encuentre y lo reconozca entre miles.

**GIANCARLA DE QUIROGA- 1940.**  
Narradora, ensayista, licenciada en  
Filosofía y Letras. Cochabamba.